

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

La huelga de Becerril

—Con que dices, Dantón, que hay en caja...

—Cien mil pesetas contantes y sonantes, amigo Percébez.

—Canastos!, Dantón; ¿sabes que la boca se me hace agua al oírte?

—Ya lo veo... y creo que llegaremos a entendernos. Ya sabes que es preciso tomar una pronta resolución. Dentro de unos meses...

—Sí, ya te entiendo. Dentro de tres meses hay que reunir la Junta general, según costumbre.

—Y hacer la renovación de cargos, y rendir cuentas, y...

—Y que se lo lleve todo el demonio! Lo cual quiere decir, que sino arreglamos pronto eso, dentro de tres meses nos quedaremos sin nada.

—Exactamente: veo con gusto que has dado en el *quid* de la dificultad. Ahora, a resolverla.

—Amigo Dantón, ahora que nadie nos oye, podemos hablar con toda libertad. Aparte falsas modestias; tú y yo somos un par de bribones.....

—Perfectamente... y muchas gracias.

—No me las des: es pura justicia. Y ahora dime: ¿tienes confianza en el cajero?

—Completa: ya sabes que el compañero Salvilla es hechura nuestra, un apoyo incondicional, un perfecto socialista...

—Y otro bribón, como tú y yo, que es precisamente lo que nos conviene. Parece haberte oído alguna vez decir que las cuentas no están del todo limpias; que no faltan *filtraciones* ó *irregularidades*...

—Hombre, ya ves, un compañero de tan brillante historia, que no cuenta con otro capital que el trabajo de sus manos...

—Y de sus uñas, amigo Dantón. Ja, ja, ja; exactamente como tú y yo. Pero no divaguemos. Esas cien mil pesetas han de ser nuestras. Tienes tú algún plan? Yo creo que una huelga...

—Yo también había pensado lo mismo. Para justificar gastos, una huelga nos daría magnífico resultado.

—Y tan magnífico! Como que esa huelga sería para nosotros la llave que nos permitiría abrir el arca y embolsarnos, sin peligro, esas cien mil pesetas...

—Precisamente los mineros de Becerril—que están todos asociados—tienen estos días no sé qué líos con los patronos. Mejor ocasión...

—Pues, a aprovecharla. Por lo pronto disponte a lanzar rayos y truenos desde las columnas de «El frito del proletario» contra la intransigencia de los patronos, con toda la trompetería de rigor en semejantes casos

—Descuida, que desde mañana pondré el periódico al rojo subido. Ya sabes que me pinto solo para estas cosas.

—¡Ah, y no te olvides! Cuidado con favorecer ningún arreglo! Es necesario, *absolutamente necesario*—lo entiendes bien?—el ir a la huelga. Un mes de huelga, y lo demás corre por mi cuenta. Y antes de terminar, dime: Pasado mañana, no es domingo?

—Sí; mas, por qué lo preguntas?

—Porque habrá también que dar un mitin en Becerril. Eso acabará de poner las cosas a punto de caramelo. Iremos allá el próximo domingo. Con qué... entendidos, eh?

—Entendidos. Ahora mismo voy a preparar mi arenga incendiaria.

—Pues, prepárala bien. Agur, Dantón.

—Agur, Percébez.

**

Dos días después: en la estación de Becerril.

Mineros en traje de fiesta: las sociedades de resistencia con sus banderas: muchos curiosos aguardando el tren. Entra éste en agujas, y una banda de música rompe a tocar desafortunadamente «La Internacional». Los compañeros Dantón y Percébez saludan sonriendo a la muchedumbre. El pueblo soberano prorrumpe en estrepitosos aplausos.

—Vivan nuestros redentores!!

—Vivaan!!!

—Mueran los explotadores del obrero!!

—Mueraan!!! (Percébez palidece un poco).

—Viva la liquidación social!!

—Vivaaa!!!

—Vivan los compañeros Dantón y Percébez!!

—Vivaan!!!

Gruñidos, eructos, patadas, algunos rebuznos y otras manifestaciones de júbilo de este jaez.

**

En el mitin: habla el compañero Percébez:

.....Temo cansaros..... (*cien voces: nó!, nó!*); pero no quiero terminar sin hacer mía la bella imagen con que ha dado fin a su elocuente discurso el consecuente y querido compañero que me ha precedido en el uso de la palabra, (*Dantón parece ruborizarse un poco*) Sí, explotados y sufridos obreros: vosotros sois las avanzadas del ejército social, del ejército del porvenir..... (*una voz: abajo el ejército!*)..... del ejército del porvenir, que después de haber derribado y reducido a polvo los baluartes de los tiranos, de los ogros de la humanidad... (*cien voces: abajo los ogros!*), llegais, a banderas desplegadas, con esas banderas, en cuyos pliegues se halla escrito el lema salvador que ha de redimirnos del ominoso yugo de la superstición y el fanatismo (*rumores prolongados; diversas voces que gritan: Viva la libertad! Abajo los curas!*)..... y el fanatismo, ante el poco antes omnipotente alcázar de la burguesía. Ya el alcázar vacila en sus cimientos, y comprende que nada puede salvarle del último y decisivo asalto que le amenaza. Temblad, tiranos, en vuestras guaridas, porque ya se encuentran frente a vosotros los valientes soldados... (*nuevos y prolongados rumores; se oyen algunos gritos antimilitaristas*)... los valientes soldados del Progreso y de la Fraternidad universal, y pronto vereis sobre los escombros de vuestra derruida ciudadela flotar grandioso, sublime, el estandarte de la Revolu-

ción. (atronadores aplausos. Una voz: Eso es hablar con ortografía!) Sí, queridos compañeros: pronto brillará sobre vuestras cabezas el Sol de la Igualdad. Pronto, muy pronto verán los tiranos y también vosotros, el resultado de esta huelga (aquí Percébez mira a Dantón que se sonríe con disimulo), y entre tanto clamad conmigo: Viva la igualdad!

—Vivaaa!!!
—Abajo las cadenas!
—Abajoo!!!
—Mueran los ricos!
—Mueraaaan!!!

Una voz: Viva el compañero Percébez!

—Vivaaaaa!!!!

Rebuznos, gruñidos y patadas como antes. Nueva ejecución de «La Internacional».

* * *

En el tren. En un compartimento de lujo, a donde, desde la primera estación, se han pasado a un coche de tercera.

—Qué te parece de la comedia? Creo, Dantón, que la hemos representado bien.

—De tí, al menos, amigo Percébez, hay que decir que te has superado a tí mismo. Has estado inimitable. Aquel golpe de: «pronto, muy pronto vereis el resultado de la huelga», fué un golpe felicísimo, y confieso que al escucharlo, no pude menos de reirme.

—Sí, ya noté que te refas... y no te faltaba razón. Hemos hecho un negocio redondo. No va a ser mala la liberación que van a ver esos brutos.

—La liberación de la caja, cuyos fondos irán hacia nuestros bolsillos, es decir, al bolsillo de los incorruptibles Dantón y Percébez. Ya tenemos la justificación de los gastos para la próxima Junta.

Con una huelga más.

... Y cien mil pesetas de menos para la caja.

Y... Viva la nivelación social!

FLOR DE LIS.

Cartas a un amigo

Querido Pepe: Con el fin de justificar de algún modo la maldita y anticristiana costumbre de trabajar o hacer trabajar en los días festivos, y por tanto, no santificar las fiestas, muchos apelan a argumentos tan rancios como tontos, los cuales vamos a refutar, con la mayor claridad y brevedad posibles.

Dicen unos, creyendo tener razón que se les sale por los pelos: «Los domingos y los días de fiesta hay que comer; y como el que no trabaja no come, de ahí que Dios no puede prohibir el trabajo esos días, porque Dios no quiere que nadie se muera de hambre.»

Está bien: Dios no quiere que nadie se muera de hambre, antes por el contrario, quiere que todos vivan y se proporcionen, por medio del trabajo, lo necesario para la vida, y de tal modo lo quiere, que impuso al hombre el castigo de comer el pan con el sudor de su frente: pero también quiere Dios que los hombres cumplan su voluntad santi-

sima, expresamente manifiesta en los mandamientos, uno de los cuales ordena santificar las fiestas.

Es verdaderamente lastimoso el ver cómo invocan este ridículo argumento muchísimos vagos que no han sabido ni saben lo que es trabajar, y en cambio se pasan la vida consumiendo tabacos y licores a costa del prójimo.

Además, pregunto yo ahora: ¿Es que el hombre ha nacido solamente para comer? ¿Acaso nuestros antepasados, y muchos que en la actualidad no trabajan los domingos y días de fiesta, ayunan por eso, o se mueren de hambre? El fin del hombre no es una cocina o comedor; sino que debe comer para vivir, y no vivir para comer, como ciertos animales, cuyo fin es engordar para alimentar al hombre. Este tiene un fin más alto, más noble, cual es servir a Dios en esta vida, cumpliendo los mandamientos divinos, para gozarle después en la otra.

Es indudable que el hombre ha de comer también los domingos y días festivos; pero, dotado como está de razón, debe arreglarse de tal modo que no viva al día, sino que procure economizar para comer los domingos, como economiza para en caso de enfermedad, u otras contingencias de la vida. Si el hombre prudente tiene siempre a la vista el día de mañana, y procura ahorrar para sus necesidades, y hasta para sus caprichos, ¿por qué no ahorra también para esa necesidad periódica que se repite cada ocho días?

Yo desafío a los impugnadores de los días festivos a que citen un solo caso de haber perecido de hambre una familia, o un obrero de cualquier clase por no haber trabajado los domingos. En cambio yo puedo asegurar que los que trabajan en días festivos ningún aumento encuentran al fin del año en riqueza y bienandanza, antes pierden muchas veces, porque Dios, que es dueño de la fortuna y de la salud, que tiene a su disposición los vientos y las lluvias, el hielo y el granizo, la langosta y el pulgón, no bendice un trabajo hecho contra sus divinos preceptos. Esas tormentas de granizo, esos espantosos incendios, esas plagas que devoran las cosechas, esas epidemias que diezman las poblaciones, no tienen, muchas veces, otra explicación que la profanación de los días festivos con el trabajo. ¿Y de qué sirven los afanes del trabajador, si todo desaparece en un momento?

En confirmación de lo dicho, es decir, que no puede citarse un solo caso de una familia que por celebrar las fiestas haya venido a menos en sus intereses o haya caído en la necesidad y miseria, mientras que muchos jornaleros e industriales se han empobrecido con sus trabajos, cayendo de desgracia en desgracia desde que se acostumbraron a profanar el domingo, citaré, entre otros muchos, el siguiente ejemplo, que sirva para escarmentar en cabeza ajena.

En el siglo VI vivían en Alejandría dos zapateros, uno de los cuales tenía que mantener a su mujer e hijos, y a sus dos ancianos padres; el otro no tenía que pensar más que en sí mismo. Y éste era más hábil que aquél, y además de esto trabajaba los domingos como en los demás días de la semana, y a pesar de esto muchas veces le faltaba el pan necesario, mientras que el primero, con su mujer, hijos y padres, que guardaba el domingo, tenía con qué vivir. El que estaba solo, lleno de envidia y de despecho, dijo un día a su vecino:—¿De dónde viene que tú gozas de bienestar? Yo trabajo en mi oficio con más diligencia que tú, y todavía padezco privaciones.

El piadoso zapatero le contestó de un modo misterioso:—Yo conozco un tesoro; si tú quieres, vente conmigo y te daré la mitad del hallazgo.

El otro admitió alegre la propuesta. Y para tener parte en el tesoro siguió el consejo de su amigo, guardó el domingo y visitó con frecuencia la iglesia. Y tan pronto como hizo esto, Dios bendijo sus trabajos, y ni le faltaron en adelante parroquianos, ni él se cansaba de trabajar. Entonces un día le dijo su amigo:—Ahora ya ves que has hallado

el tesoro del cual yo te hablaba, y es aquel tesoro de que Jesucristo nos habló diciendo: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como por añadidura.»

Cupertini.

Una alhaja

El capitán N..., joven y sin familia, vive en una casa amueblada y come de fonda, de donde su asistente le trae el almuerzo y la comida.

Cierta día, durante el almuerzo, el capitán dice al asistente.

Hoy no tienes que traerme la comida de la fonda, porque me ha convidado la marquesa.

Acabado el almuerzo, se viste y va en busca de su regimiento, que tiene que asistir a las maniobras de la tarde, y terminadas éstas, que fueron fatigosas y bajo un sol abrasador, el capitán vuelve a su casa con un jaquecazo de primera magnitud, tanto, que renuncia a ir a casa de su distinguida anfitriona, a quien escribe una carta disculpándose.

—Toma—dice a su asistente;—lleve esta carta a casa de la marquesa, y tráete al paso la comida.

El asistente toma la carta y la lleva a casa de la marquesa, quien sale a informarse en persona del estado de su amigo.

—Y, diga usted, ¿se ha acostado el capitán?

—No, señora; se queja sólo de la cabeza.

—Dígale que lo sentimos tanto y que se alivie.

—Muchas gracias, contestó el asistente sin moverse.

—¿Le ha dado a usted algún otro encargo?

—Sí, señora me dijo que trajese esta carta y que al paso le llevara la comida.

—¡Oh! pues espere.

Y en un momento cuatro o seis criados arreglaron en un gran canasto el servicio, cargaron con él al asistente, quien a poco rato estaba en su casa, puso la mesa y comenzó a servir.

El capitán, aunque desganado, advirtió que la sopa tenía otro sabor que el de costumbre y que el servicio no era igual al de todos los días. Vino el pescado y lo comió con algún apetito. También hizo honor a las entradas, así como a la verdura y al asado, porque en realidad todo era exquisito. El resultado es que comió como no esperaba y que su jaqueca se disipó.

El asistente le sirvió los postres y cuando los estaba saboreando ¡pun! taponazo.

—Pero, ¿qué es ésto? ¿También Champagne?

—Me dijo la señora que lo sirviera a los postres.

—¿Qué señora?—exclamó el capitán fuera de sí, maliciándose el enredo.

—La marquesa.

—¡Te voy a matar! ¡Me has puesto en ridículo! ¡Toma, toma estos cinco duros! ¡Compra un ramo de flores y llévalo inmediatamente a la marquesa!

Más muerto que vivo, el asistente toma los cinco duros, sale como una exhalación, compra un ramo magnífico, lo lleva a casa de la marquesa, y sin que hubieran transcurrido veinte minutos se presenta a su capitán, a quien dice poniéndole los cinco duros delante.

—Está usted servido.

El capitán se queda estupefacto.

—Pero, ¿qué nueva barbaridad has hecho?

—Ninguna, mi capitán. Que fui compré el ramo y lo llevé a casa de la señora...

—¡Y qué más, acaba!

—Nada, que a la señora le gustó mucho y me dió un duro; pero yo... le dije que eran cinco.

¡Oh civilización sin Evangelio!

¡He ahí lo que eres!

Mientras Roma no conoció el Evangelio, fué bárbara a pesar de sus leyes, su filosofía y sus grandezas.

Mientras todos los pueblos de Europa tanto antiguos como modernos han permanecido alejados del Evangelio de Jesucristo, los crímenes, las injusticias y los horrores no han podido medirse ni contarse.

¿Qué razón hay, pues, para que cierta gente muestre tanto empeño en arrojar otra vez al Evangelio de la sociedad?

—¡Oh! preguntádselo a su corazón, y él os contestará mejor que su lengua:

El Evangelio predica la humildad, y ellos son soberbios.

El Evangelio predica la pureza, y ellos aman la sensualidad.

El Evangelio predica la justicia, y ellos apetecen el pillaje.

En una palabra, el Evangelio predica la *abnegación*, y ellos quieren la *libertad*.

Ese, ese es el secreto de la guerra al Evangelio: *La Libertad*.

Pero no la libertad de lo bueno, de lo justo, de lo puro, de lo santo, que esa todos la queremos; sino la *libertad* de lo malo, de lo injusto, de lo impuro, de lo criminal.

La *libertad* del bien y la del mal son dos libertades que se estorban y rabian de verse juntas.

Algunos han querido unir las, pero en vano; porque la una es siempre obstáculo de la otra, y la *libertad* no quiere obstáculos.

Ahora bien, ¿cuál de las dos conviene al pueblo?

¡Ah, pobre pueblo! si pudiera yo mostrarte al abismo donde quieren conducirte los que te predicán contra el Evangelio, quedarías helado de espanto.

El pueblo sin Evangelio ha sido siempre la víctima de todas las tiranías; porque donde no hay *abnegación* reina el más fuerte, y el pueblo es y será siempre la expresión de la flaqueza.

CLAVARANA.

LA PARROQUIA

Una torre que se lanza desde la hondura del suelo a regiones de esperanza, como signo de alianza entre la tierra y el cielo.

Una lengua de metal, a cuyo vibrante són la palabra celestial llega al alma del mortal y le arranca una oración.

Un dulce y seguro puerto que de todos los dolores nos pone siempre a cubierto...

¡Un gran corazón, abierto a toda suerte de amores!

Un guía que nos atiende, cuando en peligro nos ve; ¡una madre que nos tiende sus brazos, y nos defiende con las armas de la fe!

Un ángel que la agonía de nuestros pesares temple, trocándola en alegría...

¡Eso es lo que el alma mía en la Parroquia contempla!

AURELIO HERNÁNDEZ, Presbítero.

Efecto de la luz en los microbios

El bacilo de la difteria expuesto a la luz difusa muere en cuarenta y ocho horas. Una membrana falsa de diftérico, se esteriliza a las veinticuatro horas bajo la luz directa del sol, en 50 días cuando se expone a la luz difusa, y conserva su virulencia por cinco o seis meses si se la mantiene en la obscuridad.

El bacilo de ántrax se debilita rápidamente, y sus gérmenes si se les expone por una o dos horas a la luz del sol, en presencia de la humedad.

El bacilo del tifus muere a las cinco horas en el agua limpia; y vive nueve horas en el agua sucia. Expuesto al sol en el suelo seco, vive seis horas, y de 18 a 20 horas si el terreno es húmedo.

El bacilo de la tuberculosis vive cinco o seis días a la luz ordinaria, y no menos de 22 días en la obscuridad. Y Strauss ha demostrado que, expuesto al sol, el cultivo en caldo muere en menos de dos. La luz ejerce una influencia análoga sobre las toxinas.

Los rayos calóricos son inactivos, los rayos químicos son los únicos que tienen esa propiedad destructora; y por esta razón la luz del sol y la de arco son más eficaces que la que se obtiene con el petróleo, con el gas o con la lámpara incandescente. La sequedad atenúa la acción de la luz en este sentido, mientras que la humedad y el oxígeno la favorecen.

Se justifica, pues, el viejo proverbio persa: «Donde el sol penetra, el médico no entra.»

SECCIÓN AGRICOLA

La alfalfa en la alimentación de los caballos.

Una determinada experiencia verificada en el colegio agrícola de Kansas, de los Estados Unidos, por el profesor Kingler, acerca de la alimentación normal de los caballos, arroja unos resultados que pueden hacer variar el juicio que se tenía formado en lo que respecta al período en que conviene segar la alfalfa cuando haya de darse al ganado como forraje verde.

El Gobierno norteamericano proporcionó para hacer este estudio 900 caballos de artillería, que fueron divididos en 17 lotes y puestos en observación ciento cuarenta días.

Cada lote recibió una alimentación especial preparada cuidadosamente y dosificada con exactitud. Los caballos recibían tres piensos durante el día y uno por la noche. Eran bañados con regularidad y sometidos al trabajo normal.

Al cabo de los ciento cuarenta días se buscó el lote que ofrecía mejor aspecto. Era este el que había recibido como pienso una mezcla compuesta de 10 partes de alfalfa cortada en plena floración, contrariamente a la costumbre que se sigue por la mayoría de los ganaderos, que suelen cortarla al principio de la floración; 8 kilos de trigo y 2 de avena, la cual se agregó únicamente para dar al pienso algo de aroma. Los caballos de este lote experimentaron durante el período de experiencia un aumento de peso de 56 libras cada uno, término medio.

Charla

—Vaya, ya tenemos otra vez a Pepillo con algún revulsivo dentro del cuerpo. Traes el gesto avinagrado.

—Sí, señor, y motivos muy grandes tengo para ello, solo que esta vez no es ni por cuestión de periódicos, ni por luchas del oficio, ni por las sandeces de mis compañeros los socialistas. Es por cuestión de cuartos.

—Vamos, del vil metal.

—Eso es, del vil metal, que da más disgustos que satisfacciones.

—¿Qué te pasa, pues?

—¡Recuerda usted de aquel pariente mío, D. Celestino, que estaba en Méjico?

—Mucho. Era un trabajador incansable y un ahorrador casi rayando en la avaricia.

—Por eso dejó un capitalito más que regular.

—¿Murió?

—Sí, señor, de un ataque apoplético, según dicen los médicos.

—Apoplético, querrás decir.

—Bueno... eso. Ello es que murió, y, creyendo hacernos felices, nos dejó a una hermana suya, soltera, y a dos sobrinos, uno de ellos este servidor de usted, sus rentas y propiedades.

—Bien, hombre, bien, pues te felicito.

—No me felicite usted, porque desde el punto y hora en que se nos coló por casa la noticia de la herencia, nos vino una serie de disgustos que pasan ya de cincuenta quintales.

—Desde luego que toda herencia por fácil que venga trae sus quebrantos y sinsabores y crímenes muchas veces. Hace poco relataban los periódicos de Madrid que dos caballeros se liaron a bastonazo limpio en un en-

tierra por cuestiones de herencia y, más grave todavía, el caso de un hermano que asesinó a otro y luego a su padre por causa de una herencia.

—Tan fuerte no me dará a mí; confío en Dios que el demonio no me ha de enganchar por esa parte, pero ¡ah, si usted supiera lo mala que es aquella hermana de mi difunto tío!...

—Tía tuya también.

—No, señor, que él era tío consorte... vamos ya usted me entiende, que estaba casado con la que era tía mía de verdad; bueno, pues, sigo contando: aquella mala mujer que no tiene el diablo por dónde desecharla y eso que está ya vieja y enferma, no se ocupa en otra cosa que en discurrir mil enredos y trampas para ver de quedarse con todo. Y eso que según el testamento nuestros derechos están claros y patentes.

—El dinero ciega a muchas almas.

—Por el dinero flaquean muchos que fueron largos años honradísimos, llegando en su ofuscación no pocos a decir que el adquirir bienes por cualquier medio para pasar la vida cómodamente, no es pecado.

—Déjales; ya les desengañará en su día el Justo Juez de vivos y muertos. Después de todo, pocos son los días de disfrutar en esta vida, si es que disfrutar se puede lo mal adquirido.

—Entonces... ¿me voy a quedar así?

—No! Usa de todos los recursos lícitos que el derecho y la ley te conceden. Procura con ellos que no triunfe la iniquidad, la ambición de riquezas, los deseos immoderados de los

bienes ajenos, si puedes, haz entrar en razón a esa señora...

—Eso es tan imposible como ver el cielo arder. No la conoce usted. Ya he probado, obrando con ella desinteresadamente y... como si echase margaritas a puercos.

—¡Pobre mujer, qué presa la tiene el diablo! Encomiéndala a la misericordia de Dios, y encomiéndate tú igualmente a fin de no cometer ninguna inconveniencia, ninguna injusticia en este delicado asunto de herencias, mar tempestuoso donde el demonio más pesca con nuestras impaciencias, con nuestros insultos, con nuestros malos deseos, con nuestros atropellos...

—No, si yo no trato de tomar sino lo que en justicia me corresponda, si no deseo mal tampoco a la que trata de perjudicarme...

—Sigue así, pese a quien pese, que la mayor felicidad no está en el dinero sino en la tranquilidad de conciencia ajustando nuestros deseos, palabras y obras a la voluntad de Dios.

—A El me encomiendo. Ahora voy a verme con el notario y luego con el abogado y el procurador y puede que con el juez y los alguaciles. Con que que siga usted bien.

—Y tú.

Para los gordos y para los flacos

Medios de prevenir los efectos del calor
Los doctores Labbe y Daveniere han publicado interesantes consejos para prevenir los efectos del calor.

He aquí el decálogo del Dr. Labbe:

1.º Evitad el sol fuerte, cubrid la cabeza con sombreros ligeros y cubrenucas.

2.º Vestíos con trajes ligeros, amplios y claros.

3.º Alimentaos con arreglo a un régimen lacto-vegetariano.

4.º Comed frutas cocidas o peladas, y sobre todo, peladas.

5.º Absteneos de conservas y toda clase de cremas.

6.º Bebed agua filtrada ó esterilizada é infusiones.

7.º No toméis bebidas heladas, y, sobre todo, no pongáis hielo en ellas.

8.º No llevéis una vida demasiado moderada; haced ejercicios moderados.

9.º Tomad baños y duchas frías.

10. Dormid con la ventana abierta y poco cubiertos de ropa.

El Dr. Daveniere se expresa así.

1.º Por la mañana te lavarás minuciosamente.

2.º Llevarás vestido blanco, ligero y limpio.

3.º Pasearás a la sombra.

4.º No comerás carnes pesadas y pocas cosas crudas.

5.º No beberás agua sin filtrar.

6.º Beberás poco para no sudar mucho.

7.º De día tendrás las ventanas cerradas.

8.º De noche las abrirás de par en par.

—9.º Dormirás con una sola sábana.

10. Y leerás estos mandamientos 500 veces.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.ª

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

LA EMIGRACION

Moral, patriótico y divertido libro en bable de costumbres asturianas.

Véndese en esta imprenta y buenas librerías a 1 peseta.

Cómo despegar letras de vidrio en escaparates

Las letras de vidrio que se colocan sobre los cristales en los escaparates de muchas tiendas y ventanas de oficinas, pueden ser retiradas con igual facilidad que las de metal.

Con aplicar sosa cáustica o potasa en sus bordes, empezará a disolverse el cemento con que se habían pegado, operación que se acelera introduciendo la punta de un cortaplumas bajo las letras, para que penetre más el líquido solvente.

Su acción es rápida y en poco tiempo, casi sin esfuerzo, pueden despegarse varias letras sin romper una sola

EL ANARQUISTA.—JAUJA.—MITIN SOCIALISTA.—EL SEÑORITO.—EL REQUETE

Obras teatrales, a 1 pta. ejemplar.

De venta en esta Administración. Importe con el pedido.—Certificado 0,25 de pta. más

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia.

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón